

Francia, consecuencia inevitable de la constitución de la confederación alemana del Norte, sino el hecho indudable de que su crédito personal había disminuido en el concepto general del mundo. La sabiduría política insondable que se le había atribuido durante una serie de años, se había estrellado miserablemente en México; sus disposiciones indecisas y su retirada final, había dejado mal parada su fama de hombre consecuente y enérgico en sus planes; y la ya menguada confianza que inspiraban sus palabras, había quedado destruída completamente por la manera con que había tratado á Maximiliano. Triunfos extraordinarios en su política europea habrían podido debilitar y aún borrar estas impresiones, si no ante la historia, por lo menos ante sus contemporáneos; pero desde el año de 1863 no tuvo ya ninguno de estos triunfos. En nada fué ya feliz; y cuando después del primer fracaso sensible en el asunto de Polonia, quiso hacer olvidar la derrota por medio de un paso enérgico invitando á las potencias á un congreso en París, tuvo que conocer que ya no tenía como antes en sus manos los hilos de la política.

NUMERO 121.

EL 5 DE MAYO ANTE PUEBLA Y EL COMBATE DEL CERRO DEL BORREGO EN ORIZABA.

La guerra estaba declarada.

De un lado, Francia, á la sazón en el apogeo de su poder y cuyo ejército, orgulloso con los laureles obtenidos en Sebastopol y en Solferino, parecía invencible y tenía de ello la convicción, lo que duplicaba su fuerza. Del otro, México, y ni siquiera México entero, ya que una parte de sus nacionales llamaba la intervención y se preparaba á prestarle ayuda por todos los medios posibles. ¿No era fácil prever el resultado de esta lucha?

Sí, siempre que las cosas humanas se juzguen por las apariencias y siempre que la fuerza material sea la que triunfe en este mundo. No es así, por fortuna, diríamos, si no fuese que Francia debía, en esta ocasión, ser la víctima de esa ley. ¡Pueda ella, á su vez, aprovecharla en día no lejano!

Juárez contaba con una fuerza moral considerable: era reputado el gobernante legítimo y, como tal, sostenido por el partido liberal, sin duda el más osado, aunque no el más numero-

so: la ruptura de la alianza europea le ministraba una nueva consagración, al par que desacreditaba las pretensiones de Francia. Además, contaba con el recurso de poderse mantener en cualquiera parte de ese país inmenso, de ese territorio imposible de ocupar en toda su extensión; que le brindaba por doquiera inaccesibles refugios y seguros abrigos y que le permitiría escapar de sus vencedores y aguardar más venturosos tiempos.

Finalmente, sentíase apoyado, sostenido por su gran vecino, los Estados Unidos; y, á pesar de la guerra separatista, podía esperar que éstos le socorriesen directa ó indirectamente, de distintas maneras.

Los franceses, por el contrario, combatían á dos mil leguas de la madre patria. El temor á las complicaciones europeas, así como los violentos discursos de los jefes de la oposición, habrían de unirse para regatear los refuerzos que tendrían de enviarse á aquel lejano país, precisamente cuando las pérdidas de la guerra, y las mayores que causaba el terrible clima, constituían para el cuerpo expedicionario perpetua y necesaria causa de debilidad.

Tales reflexiones, si es que se hacían, formaban, al principio de la intervención, el monopolio de unos cuantos espíritus ponderadores, más prudentes y más reflexivos que los otros. Nadie dudaba del éxito de la expedición, en el que creían, no solo el general Lorencez, sino más que el general Lorencez, M. Dubois de Saligny, y más aún que M. Dubois de Saligny, el gobierno de Francia.

El general Almonte, causa oficial de la ruptura que se operara entre los tres aliados, se había quedado con el ejército francés. Se consiguió que se declarase á sí mismo jefe supremo interino de la nación, á lo que no costó trabajo decidirle, ya que jamás un general mexicano ha rehusado revestirse siquiera con la apariencia del poder.

En una proclama que, además de su propia firma, alcanzaban las de 92 de sus compatriotas, llamó á los mexicanos á la conciliación y les invitó á secundar la intervención extranjera, que había de restablecer el orden y la paz en su desventurado país. No despertó grandes ecos este pronunciamiento realizado á la sombra de las banderas francesas y su escaso éxito debe-

ría haber abierto los ojos á los que se obstinaban en creer en las complicidades del interior.

Fuera de ello lo que fuese, lo importante era obrar. La posición del cuerpo expedicionario se convertía en crítica. La convención de la Soledad establecía que, en caso de romperse las hostilidades, los franceses retrocederían hasta más allá del Chiquihuite. Esta cláusula era funesta, porque su ejecución equivalía á casi un desastre. En ese momento, en efecto, comenzaba la mala estación: volver las tropas á las tierras cálidas era tanto como exponerse á ver desaparecer, en pocos días, devorados por la fiebre, la mayor parte de su efectivo.

El general Lorencez, contemplando esa eventualidad terrible, tomó audazmente sobre sí la responsabilidad de una ruptura. Más por humanidad que por el deseo de conservar posiciones ventajosas, se apoderó de un pretexto fútil, torpemente ofrecido por el general Zaragoza y denunció la convención (1).

Esta violación del acuerdo firmado con el enemigo, se verificó el viernes santo, á las tres y media. Es inexplicable el efecto que produjo esa coincidencia en el espíritu de las tropas, y de cuyo efecto hemos tenido informes personales procedentes de algunos de los que entonces formaban parte del cuerpo expedicionario.

Lejos de la patria, aislados en un inmenso país y al principio de una guerra cuyos orígenes y causas no comprendían bien, nuestros soldados, lo mismo que cualquier hombre que se halla en presencia de un peligro desconocido, sentían revivir en ellos los recuerdos de su educación cristiana y, sobre todo, lo que de ella subsiste con mayor tenacidad, aún en los incrédulos declarados: los terrores supersticiosos. Desde ese instante, se convencieron de que el acto de su comandante en jefe habría de producirles una desgracia y no le auguraron nada bueno para esta expedición, que empezaba por la violación de la palabra empeñada. Los hechos vendrían á confirmar tales presentimientos.

El cuerpo expedicionario se puso en marcha (19 de Abril). Se componía del 99.^o regimiento de línea, del 2.^o regimiento

[1] Expedición de México, por G. Niox, págs. 137 y siguientes.

de zuavos, del 1.^{er} batallón de cazadores de á pié, del 3.^{er} regimiento de infantería de marina, de un batallón de marinos fusileros, de un escuadrón de cazadores de Africa y tres baterías de artillería.

Había con tanta frecuencia dicho nuestro ministro [*] que con un batallón de zuavos iría desde Veracruz hasta México, que el general Lorencez, cuyas instrucciones eran de no tratar sino en la Capital, pudo creerse seguro de llegar allí con esas pocas fuerzas. Se le aseguraba, además, que las poblaciones se levantarían al no más aproximarse él y que los jefes disidentes irían á reunirse con millares de hombres.

Avanzaba, pues, con prudencia, pero al mismo tiempo con confianza.

El 20 de Abril entró en Orizaba. Allí encontró al general Prim que salía con las últimas tropas españolas. Este espectáculo, después de la emoción experimentada la víspera, no dejó de causar viva impresión á los soldados.....

No tardarían en levantarse serios obstáculos ante nuestras tropas. Ya se empezaban á observar indicios de las hostiles disposiciones de la población mexicana. Y para no citar sino uno entre ciento, voy á copiar algunos pasajes de un llamamiento de "los soldados mexicanos á los soldados franceses." Esta hoja suelta, redactada en francés é impresa en México, llevaba fecha de 14 de Abril. La deslizaban en las manos de nuestros soldados, sobre cuyo ánimo estaba destinada á obrar. Trataba de separar la causa de los invasores extranjeros de la de los proscritos mexicanos que les habían llamado y les servían de guías.

Este documento ha permanecido casi ignorado y sin embargo, así por su estilo, como por las ideas que externa, merece que se le reproduzca, siquiera sea en parte:

"A vosotros, soldados de Francia, á vosotros, hijos del pueblo más simpático del mundo, de esa nación grande y civilizadora que, por su inteligencia, su amor á la libertad y sus humanitarias tendencias, ha hecho temblar en otros tiempos á todos los déspotas y á todas las monarquías de Europa; á vosotros, decimos, que, por mil razones deberíais ser nuestros me-

(*) No hay que perder de vista que toda esta relación está puesta en boca de un francés N. del A.

lores amigos; venimos á explicaros, nosotros los soldados mexicanos, en este solemne instante que debe preceder á nuestro encuentro en el campo de honor, de que manera habéis sido engañados y á haceros comprender la justicia de la causa en cuyo nombre nos vemos precisados á repeler vuestra agresión."

Tal comienza el manifiesto. Luego truena contra "los informes visiblemente parciales é interesados de los señores de Gabriac y Saligny, Almonte y Pacheco."—"Sí, lo repetimos sin temor: desde Clodoveo hasta Luis Felipe, ninguno de vuestros reyes ha sido engañado de una manera tan indigna como vuestro actual soberano." Sigue una diatriba violenta contra un "mexicano infame."—Juan N. Almonte—que busca el poder para ir á depositarlo á las plantas del archiduque Maximiliano; contra M. Dubois de Saligny, á quien se acusa de mentir al Emperador con el más miserable de los fines "para satisfacer la avaricia que le domina." Y el manifiesto concluye con una muy bella figura, en la que se encuentra una invocación á Lamartine y la que acaba con esta frase efectista:

"¡Ya como víctimas, ya como sacrificadores, defenderemos dignamente, convencéos, la tierra sacrosanta que nos ha dado vida!"

Este llamamiento no era sino un síntoma de las disposiciones del país, sobre las cuales los diplomáticos se habían engañado del modo más grosero, según á veces les ocurre. Ya el general Santa Anna, viendo cual pasaban los primeros efectivos de desembarco, escasos, sin muchos medios de transporte ni de provisiones, mal organizados, no había podido dejar de manifestar su sorpresa ante el hecho de que, con tales elementos se intentara una expedición al interior: "¿Se figuraran acaso los europeos que los mexicanos están todavía armados con flechas y rompecabezas?" [1].

Lo mismo pensaban las gentes de poco más ó menos que se hallaban más al corriente de la verdadera situación que nuestro ministro, como, por ejemplo, aquel mozo de Veracruz que decía á nuestros oficiales:

—Creánme ustedes: son ustedes pocos para marchar hacia México: corren riesgo de no llegar. (2)

(1) G. Niox, pág. 62.

(2) *El ejército de Lorencez al frente de Puebla*, por G. Bibesco, pág. 29.

Estos hechos, pequeños de por sí, constituían, sin embargo, graves indicios, los cuales no se quiso tener en cuenta.

Entre tanto, y poco á poco, la resistencia se organizaba por todas partes, ante los franceses. El general Zaragoza, con doce mil hombres, se aprestaba á defender con vigor á Puebla, ciudad situada en el camino de Veracruz á México y la más importante del país, después de la capital.

Hasta resolvió detener á nuestras tropas en su marcha, antes de que llegasen á la vista de Puebla, y, como conocía admirablemente el país escogió para infligirlas una primera derrota, la admirable posición de las Cumbres de Acultzingo, donde todo coexistía para facilitar la defensa. El camino, en efecto, forma en este lugar treinta y ocho recodos, sobre una cuesta, tajada á pico y cuya altura es de 800 metros, poco más ó menos.

Se dirigió á ese lugar con cuatro mil hombres de infantería, doscientos jinetes y diez y ocho piezas de montaña. Se lisonjeaba con la esperanza de aplastar, desde esa elevada posición, al débil cuerpo francés y la cosa, por cierto, no parecía del todo difícil.....

Tan pronto como advierten al enemigo, los soldados mexicanos, ocultos en los repliegues del terreno, tranquilizados por la idea de que éstos son inexpugnables, le acogen con nutrido fuego.

Los franceses, metidos en algo semejante al fondo de un embudo, encuéntranse expuestos por todos lados á las balas: la situación es grave. No hay sino un remedio para salir del embudo: tomarlo á viva fuerza.

Tal es el partido que resueltamente abraza el general Lorencez. La empresa es audaz, pero la bravura de nuestros soldados, excitada por su jefe, hará que el éxito la corone.

Lleno de calma en medio de los proyectiles que se disparan contra el grupo formado por su Estado Mayor, el general ordena á los cazadores de á pie que suban, por la derecha, la pendiente de la montaña, en tanto que el 2o. de zuavos habrá de escalarla por la izquierda á fin de dar vuelta á la posición, y que el 99^o de línea y los fusileros de marina habrán de atacar de frente, tan pronto como los disparos suenen en las alturas.

Necesítase de toda la destreza, de todo el valor, de toda la energía de nuestros soldados, para salir adelante en esta ascensión, contemplada casi como imposible. Mas nada resiste á su impulso. A las cuatro de la tarde el enemigo ha sido derrotado y, por la noche, el general Lorencez acampa con el 99^o de línea en el Puente Colorado, más allá de ese paso que habría podido detener por largo tiempo su marcha.

Al día siguiente (29 de Abril) le alcanzó en ese punto el correo de Francia, que le llevaba su nombramiento de general de división. La buena suerte suya quizo que recibiese esta honorífica distinción, en el teatro mismo de sus primeras hazañas y de su éxito primero.

No venía á ser la recompensa de su valor, puesto que el gobierno se la había otorgado desde antes que comenzaran las hostilidades: era más bien el testimonio de la satisfacción que sintiera el gabinete de París leyendo sus despachos. Seducido por los décíres de M. Dubois de Saligny, el general no hablaba en ellos sino de su confianza en el triunfo de la intervención y de la política francesa y ya se sabe que ese lenguaje era grato á las Tullerías.

Llevaba también el correo otros despachos concebidos en sentido semejante: se desaprobaba en ellos la convención de la Soledad y se censuraba la conducta del almirante Jurien de la Graviere. Se despojaba á éste de toda dirección en el asunto, al par que se le invitaba á recobrar el mando de la división naval, á menos que no quisiese volver á Francia. El valiente marino aceptó este último partido y, con tristeza, volvió á Veracruz, donde se embarcó. Para desgracia de nuestras armas, la influencia de M. Dubois de Saligny podía más que la moderación y que la habilidad prudente del Almirante.

El éxito obtenido en el primer encuentro con las tropas mexicanas, embriagó un tanto al general Lorencez. Creyó haber roto el único obstáculo que se le pudiera oponer y, lleno de confianza, prosiguió su marcha. Los días siguientes, le sirvieron de etapas La Cañada, San Agustín del Palmar y Quetcho-lac (1) El 4 de Mayo entró en Amozoc, y el 5, á las nueve de la

(1) El itinerario de Orizaba á Puebla había sido cuidadosamente preparado y con notable precisión por el general Lorencez. Señálanse allí todas las particularidades del camino. Desearíamos haber reproducido este documento

mañana, llegó frente á Puebla á la cabeza de su columna, y acompañado por M. Dubois de Saligny y el general Almonte.

Solemne era el instante, porque por fin se iban á tener informes acerca de las verdaderas disposiciones del país. Ni nuestro ministro, ni el supremo jefe interino de la nación, manifestaban la menor duda acerca de ellas. El general Márquez y numerosos disidentes vendrían muy pronto á brindarnos su adhesión armada: en cuanto á la ciudad de Puebla, contábamos, con las simpatías de sus habitantes, los cuales se disponían todos á abrirnos las puertas de la población.

¡Todavía insistían en afirmarlo así M. Dubois de Saligny y el general Almonte al general Lorencez, cuando de la terraza del convento, que se halla á la derecha de la ciudad, sobre el cerro de Guadalupe, partieron varios disparos y tres granadas vinieron á caer á pocos metros nada más de nuestra vanguardia.

Hé ahí que las dudas se disipan y que ya no es posible equivocarse acerca de los décíres de nuestro ministro, ni acerca de las disposiciones en que se encuentran los habitantes de Puebla. La verdad es que se preparan á oponernos vigorosa resistencia y que se preparan á recibir á las tropas francesas, no con ramos de flores, como se ha repetido tantas veces, sino con balas y granadas.

El contraste entre semejante recepción y lo que se esperaba que sería, causa admiración, sorpresa, tan profundas como penosas. ¡La aventura se va volviendo trágica!

Y bien ¡sea!—se dicen todos los que componen el pequeño ejército—puesto que es preciso batirse, batámonos! Y cada uno toma sus disposiciones para el combate.

Un reconocimiento, realizado con rapidez, determina al general á atacar ese convento de Guadalupe, transformado en fortaleza, que domina la ciudad desde setenta metros, más ó menos. Con todo se otorga una hora de descanso para que tomen café; la artillería, sin pérdida de tiempo, se forma en batería, delante de una zanja, á la derecha del camino y á poca distancia de la hacienda de Rementería que es ocupada en seguida por el servicio de ambulancia.

de tanto interés principalmente para los militares, pero hemos renunciado á publicarlo para no aumentar el volumen de este libro.

El fuego se abre unos instantes después del medio día y durante una hora, nuestros bien dirigidos obuses estallan sobre las torres de la iglesia del convento y producen serios destrozos entre sus defensores. La artillería recibe entonces orden de aproximarse: avanza á 2.000 metros de las murallas para batirlas en brecha; pero los accidentes del terreno quitan á sus disparos la precisión que tenían.

Gástanse las municiones sin mayores resultados: el general Lorencez se decide á dar un golpe de audacia. Bajo nutridísimo fuego que no basta para contener su impulso, se lanzan dos columnas, compuestas de zuavos y cazadores de á pié, al asalto de la fortaleza. Pronto escalan las murallas y nuestros tres colores flotan en un instante al borde de las fortificaciones.

Mas quien logró plantarlos allí, rueda pronto por el foso. La iglesia del convento se ha transformado en un reducto inexpugnable, ante el cual se estrella el valor de nuestros soldados. Heridos á quema ropa, cógeles por detrás el fuego del fuerte de Loreto y el de dos regimientos de infantería mexicana. En vano acude á socorrerles la reserva, compuesta de marinos: ella sufre á su vez pérdidas importantes. La lucha prosigue, sin embargo; pero una tormenta espantosa que de súbito se desencadena, hace más mala y peligrosa la situación; los asaltantes se resbalan en un terreno mojado por la lluvia. La posición se hace cada vez más insostenible. El ataque ha fracasado y ante el número de los defensores, á los que el éxito llena de audacia, parece una locura continuarlo. No se lograría otra cosa más que convertirlo en desastre.

Lo comprende así el comandante en jefe y se resigna á ordenar la retirada, cuyos movimientos dirige el coronel Gambier con grande sangre fría. A las cuatro de la tarde, nuestras tropas, en orden admirable, bajan por las pendientes de Guadalupe. Se han escollado; pero gloriosamente: 465 hombres han quedado tendidos en el campo de batalla.

Antes de anoecer, se han levantado todas las tiendas, frente á Puebla, alrededor del conyoy inmenso de víveres y bagajes que el ejército se ve precisado á llevar consigo.

Jamás olvidarán los que allí vivaquearon, la amargura de esa silenciosa noche de duelo en el campo, en tanto que llegaban los gritos de regocijo que, mezclados con las coplas de la

Marsellesa, y con la música de este himno que ejecutaban las tropas mexicanas, partían de la ciudad donde se celebraba un triunfo inesperado! Durante tres días permaneció allí la columna francesa, orgullosamente, cual si quisiera desafiar cualquier ataque, y los mexicanos á los que sólo sus murallas habían protegido, no salieron ni una vez. ¡Con qué ansia deseaba el pequeño ejército que le asaltarán sus vencedores de la víspera y qué revancha hubiese tomado en una batalla á campo raso!

Sin que se realizara esta esperanza, el ejército se vió precisado á resignarse á levantar el campo. El 8 de Mayo, á las 4 de la tarde, comenzó su movimiento de regreso hacia Orizaba; á donde llegó el 18 y en donde se estableció, en espera de los refuerzos y del material de guerra que para lo sucesivo se reconocían ser indispensables.

Este mismo día, tuvo una ligera compensación de su fracaso del 5 de Mayo. El general Tapia creyó poder atacar á un batallón del 99° de línea, que á las órdenes del comandante Lefevbre, formaba la retaguardia de la columna. La escaramuza fué de corta duración; pero los mexicanos no tuvieron más que lamentarla, puesto que perdieron doscientos hombres entre muertos y heridos y puesto que se les hicieron 1200 prisioneros. Ese combate, llamado de la Barranca Seca, devolvió alguna confianza á las tropas francesas, al par que hizo saber á los enemigos la inconveniencia de atacarlas cuando no tuviesen á su favor la superioridad excesiva del número, así como la protección de las trincheras.

Se ha criticado con viveza el modo con que el general Lorencez manejó el ataque de Puebla. No cumple al propósito de este relato el abordar problemas de estrategia retrospectiva; para lo cual, por lo demás, carecería el autor de competencia. He de limitarme á citar, á título de documento curioso, y sobre todo, mal conocido, porque no sé que hasta ahora se le haya publicado íntegro, el informe que el general Zaragoza, triunfador del 5 de Mayo, envió al ministro de la guerra, con referencia al hecho de armas de aquel día.

“Ejército de Oriente:—General en jefe:—Después de mi movimiento retrógrado que emprendí desde las cumbres de Acultzingo, llegué á esta ciudad el día 3 del presente, según tuve el honor de dar parte á Ud. El enemigo me seguía á distancia